

El Trueno y el trazo ♦

Marcus André Vieira

mav@litura.com.br

www.litura.com.br

Estamos acostumbrados, desde Lacan, a hablar de *lo real*, incluso sin ser capaces de definirlo con exactitud. Sabemos, sin embargo, que la experiencia de un análisis, en el que todo es narrativa, no podría proponer alcanzar las cosas "en sí mismas". El real de la experiencia del inconsciente no tiene esencia suficiente para ser abordado como un Ser. Por eso, nos referimos a lo real casi siempre a través de las figuras de la dispersión, del corte, como lo imposible y lo contingente. Sin embargo, siempre se corre el riesgo - incluso acercándose a lo real de esta manera - de considerarlo como una negatividad esencial, lo que nos hace volver a la ontología, opuesta por completo a la experiencia del inconsciente.

Dicho de otra manera, cada vez que decimos "Lo" real estamos peligrosamente cerca de una experiencia más metafísica que la del inconsciente freudiano. Ahora, nuestro Congreso asume que el desorden en la cultura conduce a una presentación de lo real a tal punto modificado, que se puede hablar de *un* real para el siglo 21 que ya no sería el del siglo 20. Dejamos las dificultades de la ontología de lo real, muy bien. Pero solamente para encontrar las cuestiones relacionadas a la multiplicidad: ¿Un real para cada siglo? ¿Porque no una para cada país, cada pueblo? ¿Habrá tantos reales como discursos? ¿Como sujetos?

Dada la gran dificultad del tema, mi puntuación sobre "un real para el siglo 21" será presentar mi análisis como un procedimiento que tocó *un* real, lo real de un deseo y a partir del cual verifico que lo real, como tal, era apenas una fantasía.¹

|

Parto de la voz. La voz del Otro tiene la particularidad de movilizarnos sin tener en cuenta una de nuestras marcas más básicas: el "adentro x fuera" del cuerpo. La voz resuena tan adentro que, paradójicamente, ya no se sabe exactamente de donde vendría.² En esa suspensión de todas las fronteras se presenta, en lo que se oye, la voz como tal, manifestación de la pura presencia del Otro. Es una experiencia de certeza. Somos convocados aún sin saber bien por quien ni para qué. No es por nada que esa presencia haya sido casi siempre tomada como divina o demoníaca.

Sabemos que Freud prefirió aproximarla a su concepto de superyó. Lo importante es destacar cómo, por esta razón, la presencia vocal del Otro más que cualquier otra exige respuesta. Por el contrario, nos perdemos de nosotros mismos por desligarnos de la fundamental diferencia entre

♦ Cuarto testimonio de Pase presentado en a plenaria "Premières ponctuations" do IX Congresso da Associação Mundial de Psicanalise "Un real para el siglo 21", Paris, abril 2014. Publicado como « Le tonerre et le trait », *Le réel mis à jour, au Xxème Siècle*, Paris, ECF, 2014, pp. 100-108. Y en español como Vieira, M. A. «El trueno y el trazo», *Freudiana: Revista psicoanalítica publicada en Barcelona bajo los auspicios de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, ISSN 1131-5776, Nº. 71, 2014, págs. 163-169.

el Otro y yo. Para el bien o para el mal, el superyó exige acción. En los términos de Lacan si la voz del superyó pudiera ser oída, diría apenas: *Goza!*³

Fue con relación a esa exigencia ciega y sin cuerpo que el análisis permitió una modulación, una pequeña separación que transformó mi historia.

El superyó me aparecía con los aspectos de las crisis de agitación de los pacientes de la clínica psiquiátrica de mi familia, donde pasé los momentos más intensos y vivos de mi infancia. Todo me llevaba a tomar los violentos gritos en la crisis como la voz del superyó. El grito del loco me parecía la perfecta encarnación de esa voz, áfono como el sonido de un *trueno*: sin sentido, pura fuerza de la naturaleza, lo real en sí. El análisis me permitió incluir al trueno de una manera nueva en mi vida, lo que me llevó a concluirlo.

Esa inscripción partió de experiencias alternativas, al final, no siempre los encuentros con el Otro habían presentado la exigencia ciega del superyó. La imagen de la *mano mordida* de mi padre, relativamente común por el hecho de vivir separando las peleas de los muchos perros que cuidaba, se transformó en decisiva,

A primera vista esta imagen sería apenas una variante, en forma canina, de la figuración fantasmática del superyó como pura fuerza de la naturaleza. Mientras tanto, me apareció claramente cómo la mano mordida de mi padre, sólo lo era por *su* deseo de pacificación. La mano figuraba no lo real, como los gritos de los locos, pero sí un real. El real de un deseo de hacer callar, de poner orden y silencio en la locura, especialmente la locura familiar que imperaba en la clínica, que siempre había sido dirigida por las madres de la familia.

De hecho, me di cuenta muy tarde cómo lo real en análisis es siempre un real. Lo real de los deseos, uno a uno, que nos determinan y no lo real sin deseo, puro gozo. Descubría, entonces, a partir de ese *un real*, que el trueno tampoco era lo real, sino tan solo, uno más. Era la manera en que mi madre, en mi caso, concebía lo real. Era lo real de la fantasía materna.

Pero había más. Mientras los locos y sus gritos o el silencio de la mano pacificadora figuraban lo real del Otro paterno o materno, la mordida del perro me presentaba un real *singular*, el de mi deseo.

Es muy cierto que lo singular del deseo solo puede presentarse como paradoja, al final nuestro deseo es siempre un poco deseo del Otro. Creo que por eso la mordida, trazo del entrecruzamiento entre goce y significativo se desdobló. Ésta era tanto era sustracción de goce, marca de lo que hay de mortificación por el hecho de hablar, como lugar mismo de goce, presencia del goce mismo. En mi cosmología personal ese doble aspecto era señalado tanto por la mordida, por un lado, cuanto por el gruñido del perro mientras muerde.

Fue lo que llevó a un sueño conclusivo. En éste, el sonido del trueno, grito del loco se presentaba como mordida y como gruñido, el rugir de la vida, lo que me llevó a llamarlo mordida viva, o aun *mordidavida*.⁴

La mordida solo se transformó en legible de esa forma cuando la voz, como objeto, cedió lugar a la *letra*. La presencia del Otro como objeto, incluso si el objeto-trueno, es siempre un tanto solidario de la forma corporal. En cambio, la letra es la voz transformada en *trazo*, registro sin cuerpo. Es la presencia de una ausencia que no necesariamente convoca el sentido que ella pueda tener asumido en una historia.

En esa operación el goce se separa del sentido, pero no desaparece, ni queda a la deriva. El desdoblamiento de la letra es esencial en ese sentido. Tal como el electrón en el acelerador de partículas (energía o materia, dependiendo de la posición del observador) la letra me pareció como mordida, surco que define y condiciona, *trazo*, tanto gruñir, vida que vibra, *cuerda*, como las de un instrumento musical, produciendo *resonancia*.⁵

¿No es acaso esa misma duplicidad la que observa Lacan al escribir *lalengua*? Lalengua tanto es una colección de fragmentos de lenguajes como el goce del laleo que estos sustentan.⁶

De esa forma, el análisis puede transformar legible un real y estoy seguro de que ese real, el del trazado singular de un deseo será siempre así, entre dos, litoral - marca de un imposible, entre tanto, lleno de vida.

II

¿Qué se puede decir de lo real de nuestros días? Pensé, para concluir, en proponerles una arriesgada comparación entre el superyó en mi análisis y en *facebook*.

Ya paso a moneda corriente postular, en la exigencia generalizada de gozo que nos cerca, el imperativo del superyó. Vale aproximarla en su aspecto vocal. De hecho, no vivimos apenas una explosión de imágenes, estamos también inmersos en una sonorización incesante, sea en el plano colectivo, sea en lo individual, el de los *ipods*, por ejemplo. La sociedad del espectáculo exige mucha agitación por ser también la sociedad de la voz.⁷

No es casualidad, también es una sociedad de la escritura.⁸ Nosotros agitamos mucho y escribimos mucho también: mails, SMS, *whatsapp*. Quiero destacar uno de esos procedimientos de escritura, los comentarios de las fotos que posteamos.

Sacamos muchas fotos y parece obligatorio comentarlas. Se congela un momento en una foto, el que tiene, recuerda R. Barthes, siempre algo de mortificación. Pero la mortificación incluida en esa operación será, entonces, negada por la multiplicación de los comentarios escritos que repercuten en la publicación de cada foto.⁹ Poco o nada dicen. Casi vacíos de sentido, apenas afirman como aquel momento "lindo" habría sido especial. Lo que era de muerte, momento tipificado, de un plato de comida en el restaurante a una sonrisa banal, se proyecta como si se contuviera la vida de un momento único gracias a esa repercusión de una escritura vacía de sentido.

En un análisis algo del goce se escribe, presentándose también vacío de sentido. Con todo, ese acto de escritura no necesitará ser repetido como los comentarios, pues su trazado deja abierto el sentido de lo que se escribió.

Aquello que parecía muerte, la marca del Otro en nuestros cuerpos, substracción de goce, trauma, viene a presentarse como centro nervioso de nuestra singularidad, única garantía de estar vivos. Al final, sólo esa marca nos hace únicos, mucho más que la forma del cuerpo que la sustenta.

Queda como abierto, por consiguiente, su sentido.

De hecho, nuestra singularidad no podría traducirse en ese o en aquel modo específico de goce. No corresponde a una manera de gozar, un modo de ser. Lo que se traza define más un circuito a través del cual, para alguien, el goce, cualquiera sea, tiene necesariamente que pasar para realizarse.

Por eso, mientras los comentarios en el *facebook* se multiplican y se repiten para reafirmar un mismo sentido, el goce singular del *sinthome* no se presenta en la repetición. No es la monótona afirmación de un mismo modo de ser, sin sentido en sí, no consiste en ninguno de los modos de gozar de un sujeto, pero en todos ellos insiste, en aquello que llamamos *estilo*.

De esa forma, en verdad, el estilo no es la reiteración de un modo de decir, sino de un imposible de decir.¹⁰ Y sin que este sea el signo de un fracaso. Si la imposibilidad de decir lo que somos parecía impotencia es porque suponíamos que alguien nos lo impedía. La contingencia de la marca del Otro, de la letra que nos escribe señala, al contrario, que el Otro, como intención, nunca existió. Somos fruto de una lluvia contingente de deseos sobre el cuerpo y ni sus "dueños" sabían

bien lo que con ellos hacían. Es lo que diría el trazado de esa lluvia si pudiera ser leído: el sentido del deseo del Otro no será dicho porque nunca existió.

Si no hay sentido original del deseo, nada impide que la vida anidada en la inscripción de su imposible tenga otro destino. Si antes era goce incómodo, teniendo por obstáculo una pretensión acerca de una posible realización plena del decir, podrá en cambio ser ahora como el goce del "laleo", que parasita la voz. Y tal vez impida el discurso ideal, pero es, lo que abre camino a un estilo.

Nunca conseguiré oír la voz del trueno, ni las que oían mis compañeros alucinados de infancia, en la clínica. De vez en cuando, puedo hacerlas resonar por haberse escrito en mí. Fue lo que traté, aquí, hoy.

¹ O, como dice J. A. Miller, de un "manejo de rastros" (Miller, J. A. "El ser y el Uno", Curso de la orientación lacaniana, 2010-2011, inédito, lección de 23/3/11).

² De hecho, el sonido nos afecta siempre en las ondas sonoras conducidas por el aire que penetra en nuestros oídos y al mismo tiempo por conducción ósea, pues el cráneo (así como el cuerpo todo) es igualmente movilizado y vibra por acción de las mismas ondas. Es lo que Lacan dramatiza al recordar que los oídos son los únicos orificios del cuerpo que no pueden ser cerrados o no ser por ayuda externa. LACAN, J. *El seminario. Libro 23: el sinthoma* (1975-1976). Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2007, p. 17 [18/11/75].

³ LACAN, J. *Escritos*, Rio de Janeiro, JZE, 1998[1960], p. 691 e 836 [684 e 849].

⁴ Vieira, M. A. "Mordidavida", *Opción lacaniana* 65, São Paulo, EBP, 2013.

⁵ LACAN, J. *El seminario. Libro 23: el sinthoma* (1975-1976). Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2007, p. 17. Es lo que recuerda J. A. Miller cuando afirma: "Que esto quede claro: dos estatutos del significante. En el uso de Lacan, hay claramente una anfibología de ese término. Hay lo significativo como tal, aquel que se lee pura y simplemente, es lo primero en relación al significado. Podemos llamarlo de *letra* - Lacan lo hizo ocasionalmente - bajo la condición, digo yo, de no acuartelarse en las veinte y seis letras del abecedario" (Miller, J. A. "El ser y el Uno", Curso de la orientación lacaniana, 2010-2011, inédito, lección de 23/3/11).

⁶ "Conferencia de Ginebra sobre el sintoma". En: *Opción Lacaniana*, n.º 23, São Paulo, EBP, diciembre de 1998, p. 13.

⁷ Lacoue-Labarthe, O. *Le chant des muses*, Paris, Bayard, 2005, p. 18. Basta recordar del modo como los celulares invaden la sesión analítica, por ejemplo. El celular que es desconectado ostensiblemente por el obsesivo o el celular que no consigue ser apagado, por la histérica.

⁸ Conviene que no entendamos la escritura solo como aquello que transcribe la retórica de nuestros romances (son tan raros hoy), sino como un procedimiento para convertir la exigencia vocal de goce en alguna acción. "La función de lo escrito, recuerda Lacan a propósito del célebre chiste de Cracovia y Lehnberg, en ese caso "no constituye la guía [de pasajes de omnibus] y si el propio camino de la ruta de hierro" (Lacan, J. *Otros Escritos*, Rio de Janeiro, JZE, 2003, p. 337 [337]). Cf. Aun: "Lo que evoco es otra cosa, es la escritura que llamaré de existencia, una escritura que no es la del habla. En ese sentido, podemos llamarla de escritura pura, manejo de la letra, del rastro (...). Aquí, el significante opera cortado de la significación" (Miller, J. A. "El ser y el Uno", Curso de la orientación lacaniana, 20-10-2011, inédito, lección de 23/3/11).

⁹ Se captura, en una foto, un momento, lo que, como recuerda R. Barthes, es siempre mortificación. Cf. Barthes, R. *A cámara Clara*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1984, p. 134).

¹⁰ "Como no considerar que la contingencia, o lo que cesa de no escribirse, no sea el lugar por donde se demuestra la imposibilidad, o ¿lo que no cesa de no escribirse?" "Y que por ahí se atestigüe un real que, apesar de no ser mucho más fundado, sea transmisible por la escapada a que corresponde todo discurso" (Lacan, J. *Otros Escritos*, Rio de Janeiro, JZE, 2003, p. 337[337]).